

Cuatro palabras de

La Hija del Caribe, con motivo del homenaje ofrecido a la Dra.
Maria Cadilla de Martinez y a ella.

Sras y Srs, queridos niños.

Este acto de cariñosa devoción, ofrecídomelo en compañía de la ilustre Dra. Maria Cadilla de Martinez, obligame a conservar uno de los más imperecederos recuerdos que he de guardar en mi ya larga vida, y que tal vez sea la última satisfacción que reciba antes de extinguirse esta.

Y a fe mía, que en estas palabras que dirijo a Uds. no va envuelta otra cosa que una espontánea manifestación de algo que vive en mí, de algo que hace vibrar todas las fibras de mi ser, al pensar que es mi caso el de una vieja abuela que ha vivido al regazo de una gran familia, dándole sus consejos, su experiencia, y algo, acaso, algo muy poco, de su haber adquirido ~~por ella~~, y al verme entre Uds. y al recordar en la presente audiencia que Dios me ha permitido la dicha sin fin de convivir entre Uds. en casi dos generaciones en las cuales se unen como en una línea paralela el pasado y el presente, habiendo podido regar la simiente que, fecundada en tiernas inteligencias, ofrece hoy a mi santo orgullo artístico la impronta de eso que, en vano querrán borrar el tiempo ni el olvido....

Por tanto, ~~compañeros~~ amigos míos muy queridos, este acto que Uds. me ofrecen junto al altísimo prestigio de mi ilustre amiga, tiene para mí el sentido de una lógica y natural consecuencia de afectos nunca dormidos, y que la voz natural del tiempo ha hecho vibrar. Yo he consagrado a esta ciudad y a Uds. mi vida toda.... Muy joven, de veinte años, llegué a esta ciudad de mis amores del brazo de un buen esposo, que fue también amigo leal de Uds. y una niña de un año en el regazo.... Ambos dormí además el sueño eterno en el cementerio de esta ciudad; quedo yo, por gracia divina del Señor en pie, como el añoso roble de los bosques, para decirles ~~cuanto~~ cuanto los quiero, y también para recordarles que, entre el culto magisterio y el estudiantado de esta ciudad ~~ha existido~~

y yo, ha existido siempre un nexo de verdadera hermandad profesional. Cuanto he podido darles mi insuficiencia pedagógica y literaria, les he dado, no negando jamás mi humilde concurso a toda obra noble y levantada.

Otros motivos tengo también para amar esta ciudad que tengo ya por mía; fue en ella donde se despertaron los sueños dormidos de mis locas ambiciones literarias, en ella les di forma a mis ideas espirituales; a través de mi labor extensa, con amor de madre insuflé en mis queridos alumnos el divino y no superado arte musical, formándolos a la vez dueños de un porvenir, de lo que me siento inmodestamente orgullosa.

Por eso, al dar las gracias más que con los labios, con los latidos de mi corazón que, en estos solemnes momentos me está saltando al pecho como un pájaro cautivo, quiero decirles, que, por lo que a mí respecta, no quiero dar a este simpático acto el pomposo nombre de homenaje, sino solamente de devoción cordial, de algo que brota de mi alma para la de Dds. y también de la de Uds. por la mía,

Y para terminar, quiero dar las gracias a todos los que me han dedicado inmerecidas frases de elogio, pues, no obstante, la noche eterna de mi oído, me he podido dar cuenta de ellas. A mi distinguida ex discípula Sra. Emelina de Agraít, al Presidente de nuestra Escuela superior, a mis queridos niños del cuarto año, al digno presidente de este centro, y a toda la distinguida audiencia que con su presencia honra este acto, y especialmente a mis dignos compañeros en el divino arte de la música.

Solo me resta decirles, conmovida, que, "La Hija del Carbo e" estará siempre entre Uds. Viva, como una ya débil fuerza, pero con la que podrán contar siempre; muerta, con el recuerdo de ~~un~~ algo que ~~no~~ puede morir, porque vivirá siempre en el alma y la conciencia de este pueblo.

En Dbre. 5 de 1947